

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Los designios de un loco moral

El peligro que concita Felipe González, como candidato a repetir fechorías de Estado, no está en su más que probable y pretérita impulsión directiva de una banda de asesinos, secuestradores y ladrones, sino en su fría determinación de utilizar la influencia cultural del Gobierno para rebajar la conciencia social española al nivel de abyección donde el crimen se hace norma, con el fin de hacer normal su atrabiliaria conducta. Poco importa, al lado de este monstruoso designio, que sea o no culpable de 28 o de 280 asesinatos. Su convocatoria a la elección popular del crimen, su confianza en una supuesta propensión criminal de las masas hacia su candidatura, causa más daño social que el mismo crimen. La aterradora evocación al poder electoral de su lugarteniente, si se presentara en una lista abierta, expresa el lamento y la esperanza de un loco moral. El lamento de que los candidatos no inermindados resten votos a la lista cerrada de Barriounevo. La esperanza de que, pese a ello, las listas del PSOE recogerán los de quienes aprueban el asesinato, el secuestro y el robo de fondos públicos como factores de Gobierno. González tiene, pues, depositadas todas sus esperanzas y complacencias en los que se entusiasman con la idea de elegirlo imaginando que es culpable. Y osa decir que, con ellos, ¡ganará las elecciones!

★

Lo más triste es que, por cálculo electoral de la oposición principal, heredera forzosa de onerosas cargas de orden público, y por una idea equivocada de la misión de las elecciones en la democracia, ninguna institución ha contestado a esta insoportable afrenta a la dignidad y decoro de nuestra vida pública, para recluir a la abyección en la intimidad de tan perverso corazón, poniendo la parte sana de la sociedad a salvo de su depravador contagio. Si la peligrosidad social puede personalizarse en alguien, si el escándalo público puede dañar a la entera sociedad, si la injuria política puede herir a todo un pueblo, ninguna otra vez será más peligrosa, más escandalosa y más injuriosa que ésta, por el solo hecho de que un auténtico loco moral anda suelto y en campaña por las sentinas del Estado y los bajos fondos de la sociedad. ¿Qué pueden pensar de sí mismos y del pueblo español los partidos que sean menos votados que la lista del crimen? ¿Qué mérito electoral tendrá el PP si su triunfo se debe a la imposible elección moral de su adversario? ¿Qué tipo de régimen es éste que hace de la vesania ética una mercadería electoral?

★

La candidatura de González, después de la apología y encomio de un prócer inmóvil, procesado en su lugar por delitos que hielan la sangre de sólo imaginarlos, no es en modo alguno legítima. Y si es legal, eso sólo prueba que la Ley y el criterio de admisión de candidatos están fabricados a la medida de la delincuencia de partido. No se puede aceptar, sin convertirse en cómplice pasivo del intento de criminalizar a toda la sociedad, que un asunto tan grave se deje libremente en manos de un loco de miedo. Si ninguna institución deslegitima a tiempo la candidatura de González ante la opinión pública, por violentar los derechos humanos de los electores; si no existe instancia que pueda exigir consecuencias inmediatas a las responsabilidades políticas del presidente del Gobierno, por haber tenido el «dominio de los actos» del GAL según el sano juicio de la razón, entonces no hay ya causa legítima de obediencia a la autoridad política, ni de respeto civil a los resultados electorales. Tan viciado está de causa torpe este plebiscito nacional, donde sólo hay opción a elegir entre la prudencia del crimen de Estado o la prudencia de pasar la página de este capítulo de terror, que a nadie debe sorprender su futura impugnación política. Los asuntos de este tipo no se resuelven con expedientes electorales. Y los electores no tienen por qué hacer suyos los designios de un loco moral, mientras puedan abstenerse o votar en blanco.

TRIBUNA LIBRE

...Algo vuestro se quema

(Carta abierta a Jesús Polanco y Juan Luis Cebrían)

[PEDRO J. RAMÍREZ]

QUERIDO Jesús, querido Juan Luis: He leído este fin de semana el kilométrico editorial en el que me llamáis de todo para poder defender vuestros negocios de exportación de los más diversos y menos periodísticos utensilios a Sudamérica, con créditos flácidos que el Gobierno español concede a vuestros más o menos supuestos clientes.

Quiero agradecerlos, en primer lugar, que hayáis tenido el detalle de convertirme, siendo yo un simple colega de la pluma, en la persona individual contra la que habéis escrito un editorial más extenso —y uno de los más plagados de insultos— en los casi 20 años de existencia de nuestro periódico. Dicen algunos compañeros, tanto en vuestra redacción como en la mía, que eso demuestra que habéis perdido los nervios, que el caso Eductrade os tiene frenéticos y que ya no sabéis qué hacer para que los reporteros de EL MUNDO dejen de tocaros las pelotas con las cosas de comer. Yo más bien creo que ha sido un gesto de deferencia en aras de nuestra vieja y a menudo excelente relación: ya que vamos a ocuparnos de Pedro J., que no se nos quede nada en el tintero.

Desde luego, tímidos no habéis sido. Madre mía: qué diluvio de imprecaciones, qué alud de metáforas, qué tifón de adjetivos. Si yo no fuera una persona medianamente conocida por los lectores de periódicos o los oyentes radiofónicos, poco menos que tendría que marcharme de España después del repaso que por tierra, mar y aire (*El País*, Ser, Canal Plus) me habéis dado este fin de semana. Vuestro único problema es que, cuando alguien es periodista y nada más que periodista, sus hechos —es decir, sus artículos, sus opiniones, sus efímeros *scoops*— siguen brillando con luz propia en la morgue de las hemerotecas y en la memoria de una sociedad adulta.

Como director de un periódico que compite con el vuestro, os agradezco especialmente dos de las afirmaciones a las que dais más realce en vuestro solemne auto de excomunión: uno, que yo hundí *Diario 16* cuando era su director; dos, que yo estaba a favor del GAL y la guerra sucia. Ojalá la veracidad de vuestro diario, siempre tan bien envuelto

y maquillado, empiece a medirse desde ahora con el rasero de la credibilidad que estas dos acusaciones van a merecer al sinfín de personas que recuerdan lo que hice y lo que dije —lo que unos cuantos colegas y yo significamos en aquellos años de plomo del felipismo duro, mientras vosotros sentabais las bases de vuestra actual opulencia.

Hay que reconocer que habéis tenido una cuádruple desdicha con lo de la cena del 22 de julio del 94. De entrada, hacéis el ridículo *cum laude* proclamando enfáticamente que ese día «quedará en la historia del periodismo espa-

vuestro amigo Mariano Rubio como víctima de una, ay, ya entonces, conspiración—, sacasteis a relucir que yo había cenado hacia poco con Rodrigo Rato. En tercer lugar, os traiciona el lenguaje cuando, para referiros a aquel intrascendente encuentro social entre Aznar y Anguita, recurris a las mismas chorradas sobre la «pinza» entre «la derecha y los comunistas» (*sic*) con que vuestros protectores y protegidos del Gobierno intentan enmascarar la negativa a responder por sus desmanes.

Pero lo peor de todo es que, sea por ignorancia o más probablemente por hipocresía, vuestro editorialista me reproche falsamente haber silenciado una cena de hace dos años... a los treinta días justos de la que oficiasteis en una de vuestras más lujosas mansiones con los mismos José María Aznar y Rodrigo Rato, amén del chico Gallardón. ¿Qué información habéis publicado en *El País* sobre ese encuentro secreto con multimillonarios intereses encima de la mesa? Nada que tenga que ver con mi fortuna personal o la de EL MUNDO depende de político alguno. ¿Podéis decir vosotros lo mismo sin que todo el patio de butacas os arroje mondas de naranja por farsantes?

Perdonadme. Pongamos en vez de «farsantes», no sé, trapaceros, embudistas, en fin, algo que suene más suave, para que no pueda decirse ni remotamente que os estoy pagando con la misma moneda del insulto.

Y es que al final, Jesús, Juan Luis, estamos en lo de siempre: yo en las musas, vosotros en el teatro; yo en la barandilla, vosotros en el parque de operaciones. Yo, tratando de plantear debates de fondo sobre las relaciones económicas entre la Prensa y el poder; vosotros, metiendo a toda máquina los «bulldozers» para intentar llevaros por delante a cualquiera que represente un obstáculo para vuestro próximo «peletozo».

Me ha llamado la atención que junto a todos los tópicos al uso («No le importa más que vender», dicen los patronos de Eductrade; «Es un amarillista», alegan los programadores de porno duro; «Manipula las portadas», claman los que casi olvidan recoger que Barriounevo quedaba en libertad bajo fianza) en vuestro catálogo de invectivas abundan esta vez los denuestos relacionados con el

Dicen algunos
compañeros
que el «caso
Eductrade»
os tiene
frenéticos

ñol como la fecha del oprobio». ¡Recórcholis! ¿Será porque en mi casa no había Casera? Demostráis por otra parte que no sólo os obsesionan mis escritos y opiniones, sino también con quién cenó o dejó de cenar: ya me montasteis un pitote parecido cuando, para justificar la reproducción de las cintas fruto del pinchazo delictivo del teléfono de Jesús Cacho —con la que pretendíais presentar a

«El País» reconoce que ya en 1984,
Pedro J. Ramírez definió al GAL
como «la antesala del fascismo»

Descompuesto por el impacto del escándalo Eductrade, *El País* incurre en su edición de hoy en el mayor de los ridículos al anunciar en primera página, «Pedro J. Ramírez y los GAL» y reproducir luego cinco fragmentos fuera de contexto de editoriales de *Diano 16* y artículos de su entonces director. Tan torpes han sido los amanuenses que quisiera han consultado el calendario, pues de hecho tres de las cinco pizcas tal vez tuvieron que ver con Ramírez, pero difícilmente con los GAL, pues están fechadas dos meses antes de que cometieran su primera acción. Cualquier lector de *Diano 16* o de EL MUNDO, de entonces o de ahora, entiende que cuando en octubre del 83 se proponía «acabar con ETA de la forma que sea», estaba implícito que era dentro de la

legalidad. De hecho, lo que sugería su director en otro de los fragmentos recogidos era que se regulara legalmente el «derecho de persecución». Por lo que se refiere a los dos artículos posteriores a la irrupción de los GAL, incluso de los fragmentos «seleccionados» por *El País*, se deduce que Pedro J. Ramírez lo que hace es expresar su preocupación por el apoyo que la «guerra sucia» podía encontrar entre los militares y la población en general. Por eso decía, según cita literal de *El País*: «Mucho me temo que si se hiciera una encuesta... el resultado sería un espaldarazo de la opinión pública». El título del artículo lo resume todo: «La antesala del fascismo». Eso es lo que era el GAL ya en marzo del 84 para Pedro J. Ramírez.